

(AAP0330)

002199232

(Suplemento)

EL MERCURIO — Viernes 4 de Junio de 1993

ENTRE



Landa (Francisco Reyes) herido de muerte, volviendo a ver a aquellos amigos. Y con él, su herido y amigo, el niño (Pablo Scherer).

Hiermanns decía que la nostalgia y la esperanza se movían en la misma y que es muy difícil distinguir entre ambas.

Suspendido entre el cielo y el infierno, siempre fuera del mundo, colgado por los pies y el cuello, Hiermanns-Landa o simplemente Landa, como se llama el personaje principal de «El Tony Chicos», se a da a un lugar de misterios y angustias. A un otro pobre que administra un Capatzen libérico y violento, apenas animado por la multiparida Rara y una confusante Sonia. Y por los títeres, imperativos, que se venían en sala de teatro y que desde su atarazana también divisa el cielo: es capaz de reconocer los mirados almas.

Junto a ellos, un niño. Desgraciado, flojo, chistoso, Juanchito. Un espejo en miniatura para Landa, herido de esa visión suspendida y de la cabra folia, fática, que el mundo quiere imponerle. Herido también de las apocópsicas angélicas y de ese carácter de hombre que fuera y que no está detenido.

«El Tony Chicos» es la obra poética de Hiermanns (1925-1964), vinculada a los procesos teatrales teatrales que vivió en esos años cincuenta. El dramaturgo y actor, que también extendió su trabajo a la narrativa, formó parte de un movimiento renovador de las artes escénicas, cuya máxima preocupación fue procurar rigor en lo estético. También se verificó en él un rechazo al realismo-crédulo de la música vernácula, tan habitual en la Hispanoamérica de comienzos de siglo.

Cristina Campos es el encargado de armar la puesta que se estrenará el próximo jueves 10 de junio y siente que —de algún modo— su trabajo está influenciado por el de Eugenio Dittborn, que dirigió la obra para su estreno en 1964.

«Ramón Náter (que hace el papel del Capatzen), me entregó una carpeta muy rica con anotaciones de Dittborn. Entre ellas, una co-

Hay Tortas de Miel y Hojuelas...

Ramón Náter es uno de los caras cotidianos del Teatro de la UC. Y es importante hablar con él ahora porque si en este montaje encarna a ese primario Capatzen, en 1964, cuando Hiermanns moría, era Berlin, uno de los trapacistas.

«Fue fallido cuando estábamos en un ensayo general. Nos sacaron el maquillaje y fuimos a su casa. Después, Eugenio Dittborn (director de la puesta) nos dijo que el mejor homenaje que le podíamos hacer era seguir trabajando. Y así lo hicimos, hasta las dos o tres de la mañana», dice el actor.

Años de ensayo, la obra fue presentada a la familia de Hiermanns y a algunos amigos.

«Fue algo muy duro, difícil. Tanto, que el final hubo que cambiárselo. Era grande el impacto porque la identificación sensible que había entre Luis Alberto y Landa, el protagonista, re-

sultaba absolutamente obvia: un tipo que está en una búsqueda trascendental, que se aparta y tiene miedo de ciertas cosas terrenas, que tiene nostalgia de algo que se perdió y que, de manera estúpida, de forma no deseada, accidental, muere. Era esa la propia historia de Tito».

«De este modo, una vez que terminaba la obra, salíamos a saludar como en final de circo. Había que tirar para arriba el asunto... Llovíamos todos: los que estaban en el escenario y los de la platea».

Ramón Náter recuerda que Eugenio Dittborn fue por el camino de establecer una línea divisoria muy clara entre un mundo terrenal, concreto, visible, de todos los días, con el otro mundo, el intuitivo, el simbólico, sin hacer una explicación de lo segundo. «Sin explicitar significados. Todo el trasfondo, el trasfondo de

la filosofía de Hiermanns estaba en poder del espectador debiendo a decodificarlo, a que y podía».

Es que la poesía del dramaturgo fluye como lo hace la de García Lorca: un arrebato. «Los personajes no se saben políticos ni trascendentales. Así, en el montaje uno ve a los personajes actuando como seres humanos de carne y hueso. La abstracción la realizaba el espectador. No había ningún intento especial de hacer concreto el símbolo; éste estaba ahí latente. La trascendencia no se le daba a la cabeza al público».

El único aspecto cronológico que permitía dar una muestra de realidad era el final cuando el niño volvía con la cabeza y se legraba ver las lagunas... Y se escuchaba: *Hay tortas de miel y hojuelas, hay dulces de pura azúcar...*

En el segundo semestre de 1978, Eugenio

Dittborn, como profesor del curso de Actuación IV, propuso «El Tony Chicos» con sus alumnos. El papel de Landa lo hizo Cristina Campos, quien ahora dirige la puesta.

Ramón Náter:

«Cuando de repente escuché que algún colega citaba algún movimiento o lleva adelante una indicación del director y suena aquí, yo me quedo callado, pero sé que en tres días más va a sonar otra, porque esta sonaba cuando esas palabras eran pronunciadas por Julia Posa o Nelly Merlane o Lucy Salgado o Mario Montiel. Hay una lógica común que nunca se pierde. Nunca se me ha hecho más patente lo que me decía Claudio di Girolamo: que las obras de teatro son como capatzen flozantes que están esperando que director y actores les presten cuerpo».

Entre el cielo y el infierno [artículo] Juan Antonio Muñoz H.

Libros y documentos

AUTORÍA

Muñoz H., Juan Antonio

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Entre el cielo y el infierno [artículo] Juan Antonio Muñoz H.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile